

Ana Galán

mondragó



CRÍAS DE DRAGÓN

DRAGONES de AGUA



DESTINO

Ilustraciones de Javier Delgado

Ana Galán

mondragó

CRÍAS DE DRAGÓN

DRAGONES de AGUA

Ilustraciones de Javier Delgado



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Ana Galán, 2017
© de las ilustraciones de cubierta e interior: Javier Delgado González, 2017
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2017
ISBN: 978-84-08-16747-1
Depósito legal: B. 1.051-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

UNA NUEVA MISIÓN



Era un domingo nublado de otoño, y Cale y sus amigos —Arco, Casi y Mayo— se habían reunido muy temprano en la dragonería para planear su próxima misión: encontrar el resto de los huevos de dragón que habían robado los ladrones.

Antón, el dragonero, había habilitado uno de los establos de la enfermería para guardar a las crías recuperadas hasta ese momento. Era un compartimento

pequeño con el suelo cubierto de paja y rodeado por una valla de madera. En el establo adyacente descansaba un dragón con un ala vendada que miraba a los animales con curiosidad. Antón había llenado el comedero con pienso, y los pequeños dragones de fuego comían ansiosamente. El dragoncito de tierra intentaba meterse entre ellos, pero cada



vez que se acercaba, los otros dos le rugían y le impedían el paso.

—¡No lo dejan comer! —protestó Casi.

—Tranquilo —dijo Antón—. Los mandibulados son animales dominantes y no van a permitir que la otra cría se acerque hasta que hayan terminado. Pero se llenarán enseguida y el compactiforme podrá comer.

Cada tipo de dragón tenía dos nombres. Los dragones de fuego eran mandibulados por el tamaño de su boca. Los de tierra también se llamaban compactiformes porque tenían el cuerpo pequeño y rechoncho.

Antón estaba en lo cierto. En cuanto las dos crías saciaron su hambre, empezaron a jugar. El dragoncito de tierra por fin pudo acercarse a comer. Metió la cabeza en el comedero y engulló las bolitas de pienso mientras movía la cola.

Al ver como jugaban los dragones rojos, Arco, el chico más loco del grupo, no pudo evitar unirse a la acción. Saltó por encima de la valla y empezó a correr por el establo. Los dos dragones rojos lo persiguieron. Después, el muchacho se tiró al suelo y las crías se abalanzaron sobre él para moderle las orejas con su boca desdentada.

—¡Ahh! ¡No puedo respirar! —bromeaba Arco.

Cale sonrió al verlos. Desde luego, su amigo tenía mucha más energía que él a esas horas de la mañana.

Pero ese día no habían ido a la dragonería a jugar. Tenían una misión importante que llevar a cabo. Mayo, siempre tan responsable, se acercó a Antón.

—¿Dónde crees que estará el resto de los huevos? —preguntó.

Antón se frotó la barba pensativo.

—Veamos... Todavía tenemos que



recuperar cuatro: un huevo de dragón velocíptero de viento, dos de cazaríferos de las cuevas, uno de multimembrado de hielo y uno de misterimorfo de agua. Según mis cálculos, el siguiente en eclosionar será el dragón de agua. Es un tipo de dragón muy peculiar.

—¡Igual que Mondragó! —exclamó Cale—. Él también es un dragón de agua.

—Efectivamente —contestó Antón—. Se llaman misterimorfos porque nunca se sabe qué aspecto tendrán al nacer. Son grandes nadadores y los únicos dragones que no tienen miedo al agua. Una característica muy útil, como tú bien sabes.

Cale recordó las aventuras en las que Mondragó los había salvado de morir ahogados. Sí: tener un dragón de agua era muy ventajoso, a pesar de que el suyo tuviera las alas tan pequeñas que nunca podría volar.

—Me imagino que los huevos de dragón de agua necesitarán estar en algún sitio húmedo, ¿no? —preguntó Casi.

—Así es. Deben estar sumergidos completamente para no secarse —contestó Antón—, y lo más seguro es que no anden muy lejos.

—A lo mejor los han escondido en el río —dijo Cale.

—No creo —contestó Antón—. La corriente es demasiado fuerte y se los llevaría.

—¿Y en el mar Ejada? —preguntó Mayo—. Pueden haberlos metido entre las rocas de la costa. Ahí apenas rompen las olas y no suele ir nadie.

—Eso tiene bastante sentido —dijo Antón—. Deberíais ir a investigar. ¡Pero con mucho cuidado! No quiero que volváis a poner os en peligro. Solo ir y mirar. En cuanto tengáis información, volvéis y pensamos un buen plan.

—De acuerdo —asintió Mayo. Después miró a su amigo Casi—. Esta vez, ¿vas a venir con nosotros?

Casi empezó a moverse intranquilo. A él en realidad no le gustaban mucho las aventuras. Prefería quedarse a perfeccionar sus inventos y cuidar de las crías de dragón, pero no quería que sus amigos pensaran que los iba a abandonar.

—Esto... —empezó a decir Casi.

Antón lo interrumpió.

—Lo cierto es que preferiría que Casi se quedara aquí conmigo y me echara una mano con las crías. Yo tengo mucho trabajo en la dragonería y no quiero que se queden solas ni un minuto —dijo—. ¿Qué te parece, Casi? ¿Podrías ayudarme con eso?

—¡Por supuesto! —exclamó Casi aliviado.

—Pues no se hable más —dijo An-



tón—. Cale, Mayo, Arco, será mejor que os pongáis en camino.

Arco seguía jugando con los dragoncitos. En ese momento saltaba de un lado a otro del establo mientras las crías

lo perseguían e intentaban morderle los talones.

—¡Arco! —lo llamó Cale—. Deja de jugar, que tenemos que irnos.

—¡Ah, sí, claro! —contestó Arco. Después brincó ágilmente por encima de la valla y las crías se quedaron mirándolo un poco decepcionadas. ¿Por qué se iba ahora que lo estaban pasando tan bien?—. Bueno, ¿a qué estáis esperando? —preguntó a sus amigos.

Arco atravesó la puerta de la enfermería y se dirigió a las cuadras donde había dejado a su dragón. Sus tres amigos y Antón lo siguieron.